

redondo. A ninguno de los dos les falta el misterio que despierta la imaginación... ¿Por qué entonces la popularidad incomparable de la Gioconda? Sucede que a todo lo largo del siglo XIX, cuando nacía el turismo y se escribían los libros que organizarían el canon del arte occidental, la Gioconda estaba a la vista de todo el mundo en el Louvre, mientras Cecilia y Ginebra languidecían en oscuras pinacotecas de Cracovia y Lichtenstein.

El robo de 1911 puso a la Gioconda en las primeras planas de los diarios. Y la fecha era la del comienzo de la reproducción fotográfica impresiva de la obra de arte. El impulso que le dió la noticia siguió actuando en forma natural, y la Gioconda, reproducida infinitamente, se volvió ícono indestructible.

Pero hubo algo más, otra inauguración civilizatoria, que colaboró en este proceso: la invención de la noticia planetaria. El periodismo había llegado a su mayoría de edad industrial, y entonces, en el lapso de unos pocos meses, sucedieron los dos hechos que justificaron esta madurez y la hicieron fructificar: el robo de la Gioconda y el hundimiento del Titanic. Los dos fundaron sendos mitos. Por ser las primeras, fueron las noticias más grandes y fecundas. Todas las que les siguieron quedaron subordinadas a las condiciones de existencia de la sustitución. Fue pura justicia poética que una de las gorjas fugitivas de la Gioconda creara una agencia noticiosa, y que lo hiciera en la China, el gran rompecabezas neuronal de la humanidad.

La agencia Gotactual se especializó en la busca del nuevo Graal, la cabeza de foca de oro y grasa que había empezado a pensar por los hombres. La pista a seguir era el tremendo melodrama de Gravedad,

vagando por los desiertos del mundo devorados de dejar al Pupa en el altar, vestido de novia con una cala en la mano. A Gravedad era imposible seguirlo, pero se podían calcular sus desplazamientos mediante logaritmos geográficos. Y además dejaba un rastro de baba. Estudiada en laboratorios, esa baba reveló estar compuesta principalmente por una sustancia orgánica, la newtonia, cuyas células tenían la capacidad de hincharse por acción del deseo sexual. La expansión era prácticamente ilimitada y la membrana de la célula tenía propiedades de flexibilidad y resistencia que revolucionaron la industria textil. En adelante se la usó para confeccionar las camisetas de los jugadores de basketball, que seguían haciéndose más altos y corpulentos.

Chispita, la gota graciosa, se dedicó al humor. Hilvanó una retahila de viejos chistes y se presentaba a contártelos todas las noches en un bar de Baden Baden, anexo al casino. Después de la actuación de un dúo de soprano y antes de la del Robot de Acero Sensible, el maestro de ceremonias lo presentaba como "la gota más cómica del mundo". Los chistes eran deplorables, pero la gracia estaba en el contraste entre su tamaño insignificante y su voz estentórea, entre su desamparo de gota que las yemas de dos dedos bastrarían para aplastar, y sus ínfimas de seductor haciéndole ojitos a las gordas rusas de la Nomenklatura que dilapidaban en el balneario los rublos que sus maridos habían extraído de la ubre soviética de la corrupción. Ya su aspecto, antes de que abriera la boca, le valía cierta indulgencia: el sombrero de copa, el frac entallado, el monóculo, el bastón, todo adaptado a la forma esférica, sin brazos ni piernas. No eran pocos los que habrían pagado por una reproducción, para llevársela de souvenir.